

The background of the book cover is a reproduction of Michelangelo's 'The Creation of Adam'. Adam is on the left, reclining and holding a branch with an apple. Eve is on the right, standing and holding a branch with a snake coiled around it. The scene is set against a dark background with a sandy ground at the bottom.

José Luis Elorza

Me llamo...

Personajes
de la Biblia

Vidas, rostros, corazones

efarantzazu
edizio frantziskotarrek - ediciones franciscanas

evd

Me llamo...

Personajes de la Biblia:
vidas, rostros, corazones

José Luis Elorza

Me llamo...

Personajes de la Biblia:
vidas, rostros, corazones

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: +34 948 55 65 11
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: Equipo diseño EVD

© 2025, José Luis Elorza Ugarte

© 2025, Editorial Verbo Divino

Fotocomposición: EVD

Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Impreso en España - *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 114-2025

ISBN: 978-84-1063-105-2

ISBN Ebook: 978-84-1063-104-5

Cualquier forma de explotación de esta obra, en especial su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Presentación.....	9
Observaciones.....	13
1. Me llamo ADÁN.....	17
2. Me llamo EVA.....	41
3. Me llamo CAÍN.....	59
4. Me llamo NOÉ.....	71
5. Me llamo ABRAHÁN.....	85
6. Me llamo SARA.....	113
7. Me llamo AGAR.....	127
8. Me llamo JACOB.....	139
9. Me llamo JOSÉ.....	167
10. Me llamo MOISÉS.....	189
11. Me llamo RUT.....	215
12. Me llamo ANA.....	233
13. Me llamo DAVID.....	247
14. Me llamo / nos llamamos ISRAEL (I).....	269
15. Me llamo / nos llamamos ISRAEL (II).....	295
Apéndice. Nuestra Biblia hebrea.....	325

Presentación

«Eva, ¿cómo te sentiste mujer ante Adán?»

«Abrahán, emigrante en busca de futuro; ¿se cumplieron tus sueños?»

«Jacob, comenzaste siendo pillo, mentiroso, manipulador; ¿cómo te sentiste ante los abusos de tu tío?, ¿y aquella noche, peleándote con Dios a brazo partido?»

«Ana, no te bastaba el amor de tu marido Nekaná. Cuando al fin tuviste a tu hijo Samuel...»

«Israel, ¿por qué te creíste pueblo elegido de Dios? ¿No fue una idea paranoica vuestra?»

En este segundo *Me llamo...*, cada uno de ellos (y otros: Moisés, Sara, David, Rut...) nos habla desde su corazón y su vida. Cada uno nos responde a preguntas como: ¿cómo te fue en la vida?, ¿qué hiciste bien y qué desacertadamente?, ¿qué deseos, esperanzas, frustraciones albergaste en tu corazón? Cada uno nos muestra sus entresijos interiores: lo que les tocó vivir, gozar, sufrir, sentir, pensar, andar por la vida... Un modo sabio de leer la Biblia en clave existencial. Asomarnos a sus corazones nos permite leernos en el nuestro. Los libros bíblicos se escribieron para que leyéramos su pasado desde nuestro presente y nuestro presente desde su pasado, como lo pretenden los grandes novelistas.

Conecto con lo que dice la biblista Dolores Aleixandre al escribir sobre Noemí. Le pregunta a esta: «Cuéntame cómo ha sido tu vida, qué te movió a vivir lo que viviste y a hacer lo que hiciste, cómo venciste tus miedos, dónde encontraste la fuerza para superar las dificultades con que te encontraste, qué sentimientos te habitaban, qué sufrimientos hirieron tu corazón, qué alegrías te hicieron cantar de gozo...».

La Biblia no es un libro espiritual, de sublimes pensamientos y experiencias angelicales. Junto a personas de gran calidad, como RUT y JOSÉ, tenemos a personajes arrastrados por la envidia y el odio asesinos, como CAÍN y los hermanos de José. Junto a Rut, tan serena y empática, su suegra NOEMÍ, herida por la vida: «No me llaméis ya Noemí, la dulce; llamadme Mará, la amargada, porque Dios me ha llenado de amargura». ¡Y qué ego subido tenía JACOB, hasta que la vida fue poniéndolo en su sitio y trayéndolo a la realidad! ¡Imposible olvidar al ambicioso y trepa DAVID! Y a ABRAHÁN: se lanza por los caminos inciertos de la vida fiándose de Dios, ¡pero cuando Dios tarda en realizar sus sueños...! Y al pueblo de ISRAEL: se creía y llamaba «pueblo de Dios»; pero cuando leemos sus historias bochornosas...! ADÁN y EVA ni siquiera existieron; son personajes inventados, ¡pero qué reales! Lo somos cada uno de nosotros: «seres humanos», maravillosos por una parte, capaces de enamorarnos y de cuidar del jardín de este mundo; pero capaces también de estropear todo: el entorno natural, el trabajo, la relación de pareja...

Repito, ¡menos mal, la Biblia no es un libro espiritual! Lo sería para ángeles o extraterrestres. Es un libro muy humano escrito para los humanos. Nos retrata: unas veces, en lo mejor de nosotros, otras, en lo peor. Y muy existencial: la vida no es un camino de rosas, ni un parque de atracciones; pero también lo es a ratos. Y es profético: a través de esos personajes e historias muy terrenales nos habla Dios. Nos muestra cómo somos los

HUMANOS: qué se puede esperar de nosotros. Y cómo es DIOS, deseado, creído y adorado por unos, pringado de sucios barro por los suyos, puesto en duda y hasta blasfemado por otros.

¿Es tan antiguo el así llamado «Antiguo Testamento»? Si hay algo tan actual y moderno es su conjunto de 45 libros. Retrato de este ser humano que somos cada uno. Y retrato de la Iglesia. Y retrato de los pueblos. Junto a sus páginas blancas y bellas, tantas otras manchadas y sucias. En el fondo, nuestro corazón, con lo más bello y lo más miserable. Leemos la Biblia para aprendernos a nosotros mismos. Nos hace de espejo. Y nos lleva a comprendernos desde el corazón de Dios: «Dios mira desde el cielo, se fija en los humanos...; Él modeló cada corazón y comprende todas sus acciones» (Salmo 33).

Observaciones

Tras *Me llamo... Profetas de la Biblia: vidas que hablan*, sobre personajes proféticos (Verbo Divino, 2021), he aquí una nueva serie de «personajes bíblicos» del Antiguo Testamento: *Me llamo... Personajes de la Biblia: vidas, rostros, corazones*. Esta vez sobre personajes de los «Libros narrativos» (o históricos). Sus autores novelaron a esos personajes: no les interesaba ofrecer su historia exacta, sino escribir «relatos con sentido» para sus lectores. He intentado ponerles rostro y penetrar en sus corazones; nos sugieren tanto a los que caminamos por nuestro complejo y convulso mundo moderno... No son figuras del pasado, son de todos los tiempos. Los presento en estilo sencillo y sugerente; pero piden una lectura reposada y reflexiva.

- a) Procura leer los pasajes o libros bíblicos que señalo. La Biblia es siempre la fuente primera que leer, aunque nos desconcierte.
- b) Me he permitido «novelar» cada personaje, como lo hace la Biblia misma: más que «historia» en sentido estricto, nos ofrece «narraciones históricas». Las leyendas y novelas tienen más valor de significación que la historia. «El historiador da cuenta de los hechos; el novelista llega al fondo de los sentimientos. El historiador cuenta lo que pasó; el novelista da cuenta de la verdad que subyace a lo que pasó» (E. L. Doctorov, novelista).

- c) Me he inventado el género literario autobiográfico «me llamo...». Pero he querido ser fiel a lo que dice la Biblia de esos personajes. Fiel a su verdad histórica, y fiel sobre todo a su sentido, especialmente el existencial. He leído las páginas bíblicas «en su letra», pero también «en lo que sugiere la letra», en diálogo con nuestro corazón y con nuestro tiempo. Como toda gran obra literaria, la Biblia pide ser leída en «lectura abierta, dialogal y actualizada». ¡Los personajes bíblicos nos sugieren reflexiones, despiertan sentimientos, nos llevan a mirarnos en ellos! ¡Es la riqueza de la Biblia!
- d) Al traducir los textos, me he permitido cierta libertad, por buscar ante todo su comprensión, en lugar de una fidelidad literalista, fidelidad de sentido, a veces en forma de paráfrasis ampliada.
- e) El mejor método de lectura y personalización es el del «taller»: «lectura personal» previa y compartirlo en el grupo.
- f) Resumo la riqueza de mensaje en varios puntos al final de cada capítulo. Y añado unas preguntas para reflexionarlas y compartirlas.
- g) Para grupos, sugiero montar una proyección sobre cada personaje, con imágenes y música.
- h) Elimino los datos de crítica literaria e histórica. Pueden hallarse en el libro: *Drama y esperanza. Lectura existencial del Antiguo Testamento*. Tomo I: *Dios, conflicto y promesa*. Estella: Verbo Divino, 2016, 479 pp. Es la base de este libro *Me llamo... Personajes de la Biblia: vidas, rostros, corazonas*. Muy útil si uno quiere acercarse a los personajes en una lectura a varios niveles: literario, histórico-crítico, ético, psico-afectivo, existencial, creyente. Conveniente que lo maneje quien dirija el grupo.

Señalo unos pocos libros que pueden ayudar a completar lo expuesto:

ALBERTZ, Rainer. *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento*. Madrid: Trotta, 1999, dos tomos, 912 pp. (Obra ambiciosa, muy interesante).

BRUEGGEMANN, W. *Teología del Antiguo Testamento. Un juicio a Yahvé*. Salamanca: Sígueme, 2007, 700 pp.

ELORZA, J. L. *Drama y esperanza. Lectura existencial del Antiguo Testamento*. Tomo I: *Dios, conflicto y promesa*. Estella: Verbo Divino, 2016, 479 pp. (es la base de este libro *Me llamo...*).

FARMER, W. R. et ál., *Comentario Bíblico Internacional*. Estella: Verbo Divino, 1999, 1727 pp.

GUIJARRO, S. – M. SALVADOR (dirs.). *Comentario al Antiguo Testamento*. Madrid-Estella: La Casa de la Biblia-Verbo Divino 1997, tomo I, 743 pp.

LECLERC, Eloy. *El pueblo de Dios en la noche*. Santander: Sal Terrae, 2004 (Muy sugerente para captar la crisis del pueblo judío durante los siglos VI-V, que cambió a fondo al pueblo Israel-Judá).

NOCQUET, Dany. *El Dios único y los otros dioses. Esbozo de la evolución religiosa del antiguo Israel*. Estella: Verbo Divino, 2012, CB n. 154, 61 pp. (Cuánto le costó a Israel llegar a ser creyente monoteísta).

DE PAZ, Montse. *Elige la vida. Lectura existencial de la Biblia*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2019, 309 pp.

RÖMER, Thomas. *La invención de Dios*. Salamanca: Sígueme, 2022, 302 pp. (La imagen de Dios en Israel-Judá a lo largo de siglos. Estudio crítico).

SCHIPPER, Bernd U. *Breve historia del antiguo Israel*. Salamanca: Sígueme, 2021, 158 pp.

1

Me llamo ADÁN

Conocéis mi nombre. Y el de mi mujer, EVA. ¿Recordáis las primeras páginas de la Biblia sobre nosotros? Dios me crea del polvo de la tierra, me coloca en el jardín del Edén para cuidarlo, de mi costilla crea «la mujer»; tentada ella por la astuta serpiente, comemos ambos del fruto del árbol para «ser como Dios»; nuestra tremenda decepción al vernos desnudos, escondiéndonos de Dios de puro miedo, cubriendo nuestra desnudez con hojas de higuera, nuestra expulsión del jardín del Edén...

Os parecerá un cuento para niños o para ignorantes y crédulos (por desgracia, hay quienes se lo creen de pe a pa, a la letra). Aparentemente infantiles, se trata de páginas de tenor mítico, de mucho sentido para adultos (como El principito, de St. Exupéry, o las viñetas de Mafalda, de Quino). Páginas escritas por un pensador genial sobre este «ser humano» que somos cada uno. Responden a preguntas como: qué somos los humanos, qué experiencias vivimos en este mundo, si acertamos al buscar los caminos de felicidad... Páginas profundamente sabias, como las de la Epopeya de Gilgamesh, casi dos mil años anterior, en el que se inspira lejanamente, y que comienza: «El que ve lo hondo».

Os pido que comencéis por la lectura de los dos capítulos de la Biblia: Génesis 2 y 3.

1. Dan que pensar

Os lo digo claro: no existió tal paraíso, ni existimos Eva y yo, ni hubo una serpiente que nos tentase... Todo está inventado, pero no por eso es falso. ¡Qué bien inventado! Porque la verdad honda del ser humano no la expresan las «ciencias» (biología, bioquímica, fisiología...); la expresan el cuento, el mito, la poesía, la novela. Los libros de ciencias describen y explican las realidades, energías y fenómenos del mundo, así como su funcionamiento y su utilidad; los mitos, de carácter sapiencial, no analizan, ni explican, ni demuestran nada, pero nos evocan mucho, «dan que pensar», nos remiten más allá de la razón y de las ciencias. Es lo que pretendieron con sus mitos «los sabios» de las antiguas Sumeria, Babilonia, Grecia... El relato de Génesis 2-3 no cuenta ninguna historia sucedida; es un montaje lleno de imágenes simbólicas, muy sugerentes para pensar el lado misterioso de nuestro ser humano y de nuestra existencia. ¿No corremos peligro de vivir como máquinas, sin pensar qué somos y qué nos acontece en nuestra existencia?

Yo, Adán (mejor dicho, «el adán»: «el ser humano»), no soy personaje histórico, pero sí real. Soy personaje mítico: no el primer hombre de la historia, sino «el ser humano» de todos los tiempos. Soy cada uno de vosotros, «seres humanos». Eva y yo os representamos simbólicamente a vosotros. Las experiencias de vida que vivimos Eva y yo son las que vivís vosotros y vosotras. Como si os encarnásemos a todos/a todas. Somos como un espejo: leer Gn 2-3 es miraros en él y reconoceros en nuestra imagen. ¡Pocos libros contienen tanta verdad como esas páginas! Os hablo para que os descubráis ¡lo ricos y lo vulnerables que sois!

En la primera parte de la Biblia, Génesis 1 (la creación de todo el cosmos y de sus seres en seis días), Dios es el protagonista y ocupa el centro. Gn 2-3 es un relato antropocéntrico: es el ser humano el que ocupa el centro. Pero es, sobre todo, un

relato antropológico y existencial: habla de las experiencias que vivimos los humanos en este mundo. Nos lleva a plantear cuestiones hondas: qué somos en este mundo, qué nos hace gozar, qué soñamos, las variadas experiencias que vivimos: el trabajo, la atracción sexual, nuestra relación con el entorno natural, nuestra vulnerabilidad, lo que nos cuesta ser felices, la culpa y la vergüenza, las penas del corazón y los cansancios de la vida, el sufrimiento, la muerte, la esperanza a pesar de todo... ¡Experiencias e interrogantes del hombre y de la mujer de todos los tiempos! Un lenguaje mítico para haceros conscientes del lado hondo y misterioso de vuestro ser y de vuestra vida.

2. Barro y espíritu

Gn 2,1-7

«Dios formó al ser humano del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y se convirtió en un ser viviente». ¡Cuánto dice en pocas palabras! Lo primero que sugiere me sobrecoge: fui pensado y deseado por Dios, y como diseñado por Él. Me encontré viviendo. Vine al mundo recibíendome, sin haber puesto nada por mi parte, ni pedido siquiera. Recibiéndome de Alguien que está más allá de mis padres, más allá del universo, y más allá de mí mismo: del que es la Fuente última de todo. Ser y vivir consisten en recibirse de Otro. El saberme vivo cada mañana me lleva a decir: Dios me vive, me quiere vivo, cree en mí, espera algo de mí, soy alguien para Él, me llama a crear vida a mi vez.

Con el tiempo, me fui haciendo consciente de otra gran verdad. La materia prima de la que estoy hecho es «el polvo del suelo». ¡Una imagen simbólica de gran calado! Me recuerda mi solidaridad con la tierra: no soy un ser etéreo, ni un ángel sin cuerpo; soy «de barro, de tierra». Y por ello, soy, y me siento, un ser frágil, caduco, expuesto a romperme física y psíquicamente.

Incluso el hombre o mujer más pintado y seguro de sí es quebradizo y contingente: está amenazado por la enfermedad, los virus, la soledad afectiva, la frustración, los miedos. La vulnerabilidad me constituye y acompaña siempre; y, un día, me devolverá a «ser polvo de la tierra». Soy un precioso «vaso de cerámica», destinado a romperse. En una palabra: ¡mi experiencia de finitud humana!

Pero no es esa toda mi verdad: «Dios sopló en mí un aliento de vida...». ¡Otra evocativa imagen! Algo de Dios mismo palpita en este ser de barro que soy. Soy más que arcilla. Dios me ha regalado algo de Sí mismo: «su espíritu». Me permite pensar, sentir, comunicarme con los demás seres. Soy «un pedazo de barro» frágil, pero me anima una chispita divina. Me mueve un «aire espiritual»: me hace capaz de empatía, de deseo de amar y ser amado; soy sed de saber más y más, deseo de felicidad, nostalgia de plenitud y eternidad... Soy un animal más, comparto genéticamente con un chimpancé hasta un 98%; pero me habita y mueve «el aliento de Dios». Porque Dios me hace compartir algo de Sí mismo, mi dignidad es sagrada, inviolable. Nadie debe atentar contra mí. Tras millones de años de evolución, he llegado a ser más que mera materia, más que un «mono» evolucionado, y mucho más que un robot muy logrado. Además del milagro de la vida, vivo el milagro de ser un «yo personal»: tengo conciencia de mí mismo. Soy «humano, terreno» («humus = tierra»); pero estoy llamado a vivir un diálogo conmigo mismo, con la persona del otro sexo, ¡y diálogo nada menos que con el Tú de Dios!

A pesar de ser de barro, soy maravilloso; y a pesar de ser maravilloso, soy de barro: esa es la doble y paradójica experiencia que tengo de mí a lo largo de la vida. No paso de ser «un polvillo cósmico», me muevo por la vida como una «hormiguita afanosa»; pero me sé creado por Dios con el mimo y cuidado de un alfarero. ¡Otra sugerente imagen simbólica!: «Dios alfarero mol-

deándome». Él va trabajando este pedazo de barro que soy, a lo largo de la vida, mediante mil toques de sus misteriosas manos: me mira y remira, me toca y retoca; quiere sacar lo mejor de esta pasta que soy, vistiéndome de belleza y dignidad.

Estoy seguro: Dios no lo tiene fácil conmigo. Ni con vosotros, ni con la humanidad. Irá haciendo de mí un ser singular, semejante a Él. Necesitaré vivir mil experiencias para ir madurando: gozosas y placenteras muchas, penosas e ingratas otras. Tanto Dios como mi corazón buscan hacer de mí más de lo que soy y mejor de lo que soy. Hay en mí fuerzas que me tiran para abajo; pero hay también en mí un «espíritu de Dios» que me tira para arriba, más allá del barro que soy, más allá del animal que también soy.

¡Qué bien lo expresa un poeta de vuestro tiempo!: «El hombre tiene los pies hundidos en el barro, pero los ojos fijos en las estrellas». Vivo pegado a la tierra, interesado por mil cosas, ocupado en mil tareas; y, con todo, miro al cielo, aspirando a «ser como Dios». Vivo a menudo a ras de suelo, arrastrado por mis necesidades e instintos; y con todo, me siento abierto a Él, capaz de intuirlo, desearlo, buscarlo, vivir un encuentro con Él, amarlo. Algo de Dios me humaniza, me pone a vivir por encima del barro y de la animalidad. Me llama y me lleva a vivir «espiritualmente» todo, incluido lo más corporal, mundano y material.

3. «No es bueno que el hombre esté solo»

Gn 2,8-15.16-20

«El Señor Dios me tomó y me puso en el huerto de Edén, para que lo cultivara y guardara». Como si, a modo de una voz profunda en mi interior, Dios me dijera: «Te pongo en el mundo; cuida de la tierra, cultívala; es mi creación: te la confío; te nombro guardián y cuidador de la misma y de todos sus seres; prosi-

gue mi obra creadora». Dios me quería feliz, libre y responsable de mi hábitat: todo a la vez. Nada de anularme o limitarme; al contrario, me concedía un amplio campo de actuación y disfrute. Me sentí crecer. Y pensé: además de crearme, Dios se fía de mí, y de cada ser humano que venga a este mundo. Caí en la cuenta de mi grandeza, dignidad y responsabilidad.

Y me puse a cumplir su encargo. Lo ha hecho el ser humano de todos los tiempos. En la Edad de Piedra, de una manera; en la edad de la informática, robótica, inteligencia artificial, de otra. Dios me dio cuerda larga. Le podía, le puedo salir rana, pero prefiere correr el riesgo antes que negarme el ejercicio de mi libertad. Los humanos no deberíamos olvidar: nos ha constituido «cuidadores», jardineros responsables, no esquiladores, ni depredadores y explotadores de la tierra. No somos sus dueños soberanos: lo es Dios. Además de solidarios con la tierra, somos sus guardianes. ¡Tarea de nuestro corazón, más bien que nuestra la razón instrumental! Progreso tecnológico, sí, pero con progreso sapiencial, ético y espiritual. Si no, ¿no lo estropeamos todo?

Como en una película, aparezco en la Biblia viviendo toda clase de tareas y vivencias que vivís los humanos de todos los tiempos: comer y beber, trabajar, maravillarme ante mil realidades, investigar, crear ciencias y tecnologías (es lo que significan las palabras: «poner nombre a los seres»). Y viviendo experiencias de encuentro: con la hermana-madre naturaleza, con los animales, árboles, plantas, atmósfera, horizonte. La curiosidad por todo me impulsaba; interesarme y ocuparme de esto y aquello me llenaba y realizaba. Mi capacidad innata de asombrarme y el gozo de descubrir cosas nuevas eran enormes: ¡una de las mejores experiencias que vive el ser humano de todos los tiempos! La viven el agricultor y el jardinero, el herrero y el mecánico, el astrónomo oteando estrellas y galaxias, el empresario productor de mil objetos, el investigador afanado en descubrir los secretos

de la naturaleza, el artista creando belleza y simbolismo... ¡Ojalá todo ser humano, hombre o mujer, viva esa experiencia, de un modo o de otro! Pero ¿eso es todo?

Dios, sin saberlo yo, tramaba experiencias más hondas para mí, su criatura preferida. Al crearme, no me quería un hombre meramente ocupado, entretenido, ejecutor de tareas. Ni me quería un ser solitario, ni asexual. Y se dijo a Sí mismo: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle un ser adecuado a él». Dios me reservaba una experiencia más colmada a vivir. Quería que encontrase lo mejor y más hondo de mí, encontrándome con «otro yo humano». Me quería, ante todo, un corazón capaz de amar y ser amado para vivir una felicidad más profunda.

Dios, con sabia bondad, me preparó para ello. Comenzó por hacerme echar algo en falta. No me bastaba andar en mil cosas y tareas; no acababan de llenarme. Convivía con muchos seres, pero me sentía solo. No eran de mi nivel de ser, sentir, pensar, soñar. En ellos «no encontré alguien semejante a mí». Mi interioridad (¡algo peculiar del ser humano!) echaba en falta «un algo más»; mejor dicho, «un alguien», otro «yo» que fuese «mi tú» más entrañable para empatizar con él y llegara al fondo de mi ser. Mi yo estaba orientado para vivir una comunión total con ese «tú» complementario.

4. ¡Qué adorable eres!

Gn 2,21-25; y Sir 26,1-4.13-18; 36,21-27

Dios, ¡sabio psicólogo!, comenzó por hacerme sentir vacío y soledad. Estos nos dan miedo; parecen robarnos la alegría de vivir, pero nos llevan a crecer hacia dentro: nos despiertan la interioridad. Mi soledad, ¡soledad indigente!, anhelaba hallar ese «tú personal»: mi interioridad sedienta solo podía vivirla como intimidad compartida con otra intimidad.

Dios me hizo caer «en un letargo profundo». Solo más tarde supe por qué: debía recibir al nuevo ser con gran sorpresa mía, por una parte; y por otra, experimentar la presencia de ese alguien especial como puro regalo suyo, como algo que nunca se merece. Venía deseándolo oscuramente; pero debía recibirlo sin poner de mi parte otra cosa que mi indigencia: en total receptividad por mi parte. Porque las cosas verdaderamente importantes y esenciales se reciben: la vida, el amor, la dignidad, la felicidad...; no se merecen, ni se compran, ni se conquistan a la fuerza. Lo que me diese y confiase Dios, debía recibirlo «dormido»: debía tener tanto de sorprendente, gratuito e impagable, como para no poder creérmelo y tener que agradecersele infinitamente toda la vida.

Dios, convertido ahora en cirujano de manos mágicas, extrajo de mi costado una costilla: ahí me dejaba a propósito un vacío. ¡Expresiva imagen!: cada ser humano tiene un hueco; hueco, pero receptivo: anhela ser llenado. De mi costilla creó una «mujer»: no la creó de la tierra, ni de un animal, sino de mi costado. Era un ser diferente, pero de mi nivel de ser y dignidad, capaz de conectar profundamente con mi corazón y de encajar en mi hueco. ¡Y me la puso delante! Cuando desperté, me quedé boquiabierto, sin palabras, fascinado, sin poder creer lo que veía. Aunque hubiera millones de seres admirables en el mundo, ¡ninguno como ella! Con solo verla, como de un chispazo, me entró muy adentro. Era un ser nuevo, distinto de todos los que había conocido y disfrutado hasta entonces. Ante ella, a mí mismo me experimentaba diferente. ¡Era el ser que yo echaba en falta! Y me salió decir: «Ahora sí: esto sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne»; puedo intimar con él.

Estábamos ambos «desnudos», pero no sentíamos vergüenza: éramos dos desnudeces en total transparencia de corazones. Cada uno admirador de la belleza y dignidad del otro. Atraídos a vivir una intimidad confiada, afectiva, espiritual y física. Una

mutua fascinación, de mirada limpia, nos hechizaba a los dos. Y con los ojos, sin palabras, nos estábamos diciendo: «¡Qué adorable eres! Eres único/única, incomparable. Soy tuyo/tuya. Me faltabas tú. Sin ti, no sabría ser yo mismo/yo misma. En ti, me encuentro a mí mismo/a mí misma». Con razón alguno de nuestro tiempo ha dicho: «El ser humano es un pedazo de barro capaz de enamorarse».

Yo, ser de barro, estaba experimentando la experiencia cumbre de mi vida. Más honda que todas las anteriores. ¡Descubrimiento, estupor extasiado, ojos admirativos ante un ser maravilloso! Ella, recostada a mi costado, llenaría mi hueco, mi soledad indigente. Con ella viviría lo que no podía vivir con los demás seres: árboles y flores, animales, estrellas, ni con mil tareas. Con ella podría vivir una historia de amor. Antes me veía responsable, dado a mi trabajo, al cuidado del entorno natural, de los animales; ¡era todo hacia fuera! Ahora, con ella, me sentía hecho para el amor: una experiencia insondable hacia dentro. Ella despertaba lo mejor de mis adentros. Un jardín lleno de colores había brotado dentro de mí, más hermoso que el de fuera. Me gustaría de verdad que todo «hombre» (*isch*) descubriera lo femenino que hay en el ser de toda «mujer» (*ischa*).

5. No te pases

Gn 2,8-10.15-17

Os he hablado de experiencias bellas, gratificantes. Nuestra vida se desenvuelve a veces como «en el jardín del Edén», símbolo mítico de una existencia feliz. Nuestra vida humana tiene lugares y momentos de «cielo». ¿Pero es toda la verdad? La vida está lejos de ser una hermosa película romántica: dos amantes guapos, habitando lugares maravillosos, viviendo una relación superfeliz, sin conflictos, sin heridas, sin preocupaciones. La vida nos fuer-

za a buscar nuestro sustento, o se presenta una desgracia (¡y las hay tantas!: un virus, un accidente, preocupaciones, tristeza en el corazón no sabes por qué). O simplemente debido a nuestra condición humana finita: somos seres esencialmente limitados, frágiles y expuestos, y se desbaratan nuestros montajes de felicidad. Por desgracia, a menudo somos los humanos mismos los que torcemos nuestras vidas. Es esto lo que hicimos Eva y yo: estropeamos todo lo bueno y bello que teníamos. Lo expresa muy bien la segunda parte, Génesis 3. Una vez más, en imágenes y símbolos de tenor mítico, pero ¡qué real! Representa la otra cara, la cara turbia y penosa de la existencia humana. Os lo cuento.

Eva y yo lo teníamos todo, como para sabernos superfelices. Pero nos dejamos seducir por una «serpiente», por una ilusión necia. A lo largo de la vida, hombres y mujeres de todos los tiempos nos dejamos engatusar y engañar por falsos espejismos. Más que malvados, somos necios; más que bondad, nos falta sabiduría. Dios me había dicho: «Puedes comer de todos los árboles del huerto». Como diciéndome: Te confío el mundo con sus bellezas y sus inmensos recursos; despliega tus cualidades, tu inteligencia, tu ser hombre o mujer. Todo es tuyo; cuídalo y disfrútalo. Te doy cuerda larga. Asumo el riesgo de hacerte libre y de confiártelo todo... Como veis, Dios se fiaba, me concedía un amplio campo de libertad, actuación y goce.

Pero Dios me advertía: «No comas del árbol del conocimiento del bien y del mal: te juegas la vida». Me quería decir muchas cosas:

- No te pases. No juegues a ser un pequeño dios, prepotente, arbitrario: decidir por tu cuenta qué está bien y qué está mal. Eres libre, pero no hagas un uso divino de tu libertad. No te extralimites: va a ser tu tentación, una ilusión vana. Eres finito: no tienes la última palabra sobre ti mismo y tu realización. La realidad te desborda: no pretendas controlarla enteramente.

- No des valor absoluto a nada, ni en ti ni fuera de ti: te llevarías un chasco. No hay «frutos de árbol» mágicos, recetas que te den felicidad total y segura. Todo es bueno, pero nada es perfecto ni eterno. El mundo en que te he puesto da mucho de sí, pero da lo que puede dar, ¡y no más! Acepta ser criatura finita, llamada a confiar en Mí y en mis caminos; solo Yo, la Fuente de todo, puedo cumplir tus anhelos. No te sobrepases: lo pagarías caro y harías pagar a otros.

- Si te drogas, si abusas de..., si te haces un pequeño dios, pagado de ti mismo y centro de todo, si te excedes creyendo que el mero consumir es tu felicidad plena, te llevarás un chasco morrocotudo. Incluso lo bueno se te tornará veneno.

- No te creas ni te comportes como señor absoluto de personas, maltratador de vidas ajenas, explotador del entorno natural.

- Todo lo que existe es bueno, pero no todo te conviene. Todo es bueno, pero no absolutices ni idolatres nada. Eres limitado y vulnerable: no puedes responder de ti mismo; no pongas confianza total en tus cualidades y recursos.

- Obra con sabiduría de corazón. No hagas un uso arbitrario y egocéntrico de tu salud, de tus talentos, de tus bienes, del sexo...: acabarías defraudándote.

6. La serpiente

Gn 3,1-7

Eran avisos muy serios de Dios. Eran un SOS, me ponía ante semáforos en rojo. Fue inútil: yo y la mujer que me dio nos pasamos. Toda prohibición despierta el deseo de infringirla, de hacer la experiencia. Siempre pretendemos ser más de lo que somos, tener más de lo que tenemos. La tentación, como «una serpiente» astuta, sugería seductoramente a Eva:

«Si coméis, si probáis lo prohibido, si prescindís de Dios y de su voz, vosotros mismos seréis como Dios; tendréis el secreto último de todas las cosas». Como si nos dijera: Obrad como si fuerais Dios, sin límite alguno a vuestra libertad, inteligencia y poder. Decidid vosotros mismos qué está bien y qué está mal, qué os conviene y qué no os conviene, sin cortapisas. Obrad y disfrutad sin tope ni medida; toda experiencia es buena. Aspirad a «ser y obrar como Dios»; nada ni nadie tiene que poner os un límite ni criterio moral; olvidad a Dios para haceros Dios por vuestra cuenta.

Era una oferta tremendamente seductora, fascinante. A medida que Eva escuchaba la voz de la serpiente, se le iba apagando la Voz de Dios, como sucede a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Y se le despertó el deseo: el deseo de posesión sin límite. ¿Por qué no comer del fruto «atrayente, apetecible a la vista, deseable, excelente», para lograr la receta mágica de una felicidad inmediata, colmada y eterna?, ¿por qué vivir de prohibiciones y tabúes en lugar de plena libertad para todo?, ¿por qué poner barreras a la innata curiosidad humana por conocer todo?, ¿y al afán insaciable de probar de todo y de vivir experiencias cuanto más nuevas y exóticas mejor? Casi sin darse cuenta, la voz de la serpiente acabó por cautivar a Eva: «Así que tomó de su fruto y comió; luego me lo dio a mí que estaba junto a ella, y yo también lo comí».

«La serpiente»: ¿qué imagen más expresiva! No existió en el paraíso, ¡pero vaya que existe de verdad! En vuestro tiempo, la publicidad invasora e insistente de la televisión, los escaparates, El Corte Inglés y Zara, las redes sociales, la inteligencia artificial, hermosas palabras de promesa en boca de políticos... hacen de serpiente: presentan ese «fruto atrayente, apetecible, deseable...» que te haría sentirte superfeliz. Prometen el oro y el moro: si consigues la lotería, tal joya, el coche de última gama, el chalet de campo, un puesto relevante en la sociedad, la relación con N...

La serpiente despierta en los humanos «el deseo sin límite»: seduce, arrastra, acaba por engañar. Algo propio del ser humano, signo de su grandeza y vocación última, por una parte, pero causa de ilusión y desengaño, por otra.

7. Desnudos y heridos

Gn 3,7

Apenas comimos del fruto del árbol, «se nos abrieron los ojos y nos dimos cuenta: estábamos desnudos». Fue una sensación horrible, indescriptible. ¡Un *shock!* Habíamos vivido un puro espejismo. No solamente no habíamos llegado a «ser como Dios»; menos la vida, habíamos perdido todo. Nos experimentamos «desnudos». ¡Qué palabra!, ¡cuánto simboliza! Ya no era aquella primera experiencia de desnudez, hecha de transparencia, mirada limpia y amorosa que había vivido con Eva. Mi desnudez era ahora experiencia de mi miseria radical, a todos los niveles de la persona: cuerpo y corazón, ser y vida. Experimenté mi verdad desnuda: «soy lo que soy y nada más». No paso de ser «un ser humano»: criatura endeble e indigente, precaria, amenazada. ¡Un ser mortal de este mundo! De repente, ¡qué desamparo vital!, sin suelo firme bajo mis pies.

A nuestra sed de grandeza había sucedido la experiencia de nuestra miseria radical. Para taparla y disimularla como fuera, «entrelazamos unas hojas de higuera para hacernos unos taparrabos». ¡Qué estampa la mía y la de Eva, ocultando nuestras vergüenzas profundas, nosotros que habíamos querido «ser como Dios»! Habíamos acabado vistiéndonos de miserables fachadas y apariencias, con intención de escondernos de Dios y hasta de nosotros mismos.

Además de desnudo, me quedé herido en mi humanidad. Como si nada funcionara bien en mí, ni en mi cuerpo, ni en mi

corazón. En adelante me pertenecerían la enfermedad, el cansancio, el malestar, la tristeza. Me sería difícil autoaceptarme, vivir la armonía conmigo mismo y con Eva, confiar en mí. Y me acompañaría el sentimiento de culpabilidad y vergüenza. Buscando «ser como Dios», heme aquí un ser limitado, condicionado y herido.

Lo que os cuento de mí es lo que experimentáis cada uno de vosotros, los humanos. Os cuesta creer en el llamado «pecado original». Con todo, ¡qué real!: lo experimentáis todos los días y en todo vuestro ser. Decepcionados ante el espejo, necesitáis tapar vuestra realidad con mil disimulos y mentiras, mal sanar las heridas de la vida, olvidar las páginas manchadas de vuestra vida con silencios y represiones, disimular vuestra autoimagen con cremas y siliconas, ocultar vuestros complejos con fachadas doradas, vuestras lágrimas con sonrisas forzadas. Os cuesta reconocer y aceptar vuestra «verdad desnuda». Hay cosas y experiencias hermosas en vuestras vidas; pero os visitan, cada día, a veces hasta aterrarnos, la inseguridad, el no poder controlar la realidad, la dificultad de relación con los demás, el defraudarnos mutuamente, el tener que buscar a tientas sentido a vuestras vidas, el buscar esperanza entre nubarrones... Y, con el tiempo, los signos de reducción y de vejez, la pregunta por el posible más allá, la muerte... ¡Cómo terminan nuestras pretensiones!

8. «Espinass y cardos»

Gn 3,8-12.17-19; y Qoh 1-2

Desnudo y lleno de sentimientos de culpabilidad, necesité huir de Dios. Deseaba no verlo ni ser visto por Él: no podría soportar su mirada. Además de cubrir mi desnudez, traté de ocultarme de Dios. Ante su pregunta: «¿dónde estás?», de mis labios me salió decirle: «Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí, porque me veía desnudo». El Ser más deseable, atrayente y fiable

me había venido a ser temible y amenazante; lo quería lejos de mí. No lo percibía ya como la fuente de mi ser y de mi felicidad. No me era ya el Dios amigo que se paseaba con nosotros por el jardín al atardecer: ¡imposible vivir esa experiencia de confianza y cercanía entre el ser humano y Dios! Había creado una barrera entre Él y yo. Además de la armonía conmigo mismo, con Eva y con el entorno natural, había perdido la armonía con mi Dios. Pero ante Dios nunca es posible huir y esconderse. Aun después de fallarle, le seguimos interesando. Nos ha creado Él, no nos quiere perder.

No pude escaparme de más preguntas de Dios: «¿Qué te ha hecho saber que estás desnudo?; ¿acaso has comido del árbol, pretendiendo ser como Yo?». Él sabía bien lo que había hecho. Preguntándome, quería hacerme consciente de mi condición humana: yo, que pretendía ser como Dios, me descubría desinflado y frustrado. La medida de mí mismo era la de mero «ser humano», un pobre mortal. La experiencia mil veces sentida de todo ser humano a lo largo de su vida.

Para defenderme, eché los balones fuera: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí». Acusaba a Dios mismo por haber puesto junto a mí un ser maravilloso. Y acusaba a la mujer: la juzgaba como la culpable de todo. La culpa la tienen otros: esta persona, esta sociedad con sus estructuras, Dios que me ha hecho así. Necesitaba negar mi responsabilidad, tapar mi vergüenza.

Dios me dio a entender lo que sería mi existencia en este mundo por romper con Él, la fuente de mi ser y de mi futuro. Seguiría teniendo sus páginas bellas y gratificantes; pero tendría muchas ingratas y penosas. Pobre o rico, fracasado o exitoso, andrajoso o sentado en un trono, mi vida sería ardua y trabajosa en buena parte:

Sacarás del suelo el alimento con fatiga todos los días de tu vida.

Te producirá espinas y abrojos, y comerás la hierba del campo.

Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Polvo eres, y al polvo retornarás.

Suelo resistente a las manos humanas, fatiga, «sudor de la frente», «espinas y cardos»: ¡la madre tierra venida a ser madrastra! Las palabras corresponden a una cultura agrícola, pero simbolizan el carácter penoso de toda vida humana, incluida la del que vive en un rascacielos, le ha tocado la lotería y maneja el último aparato electrónico. La vida venida a ser agobio, rutina y cansancio, malestar emocional, soledad afectiva, decepciones económicas, precariedad e incertidumbre, miedos. Una existencia con sombras y heridas. La de todo «ser humano», también la vuestra del Primer Mundo: incluso en vuestro progresado mundo moderno se os cae el andamiaje de vuestro confort y seguridad ante un simple virus, una crisis económica, una amenazante guerra comercial, el descontrol del progreso tecnológico, una guerra. Y llora el corazón: el de hombres y mujeres, el de pobres y ricos, el de ancianos y jóvenes. Se nace a la vida, pero se nace llorando y se sigue llorando de mil modos en la vida.

9. La vida no es un jardín

Gn 3,20-24; y Dt 8; Rom 7

Yo había comenzado la vida «en el jardín del Edén». ¡El lugar ideal para el ser humano! Pero terminaba expulsado del mismo. Suena muy fuerte lo que se dice de mí:

Dios echó al ser humano del jardín del Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Tras expulsarlo, puso delante del jardín del Edén querubines y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.

Una vez más en lenguaje mítico-simbólico, expresa lo que yo experimenté; mejor dicho, lo que experimenta cada uno de vosotros, la otra cara de la realidad: este mundo no es un paraíso. La expulsión del mismo simboliza variadas experiencias:

- Aunque nazcas y vivas en un palacio protegido y ajardinado, naces llorando, arrojado a la intemperie existencial. Un paso traumático: del cálido seno materno, del lugar más protegido, al mundo arisco, incierto y amenazante. Sigue luciendo el sol, pero a menudo entre nubarrones.

- La tierra sigue siendo regalada al ser humano para su sustento y disfrute, pero toca trabajarla con sudor, y está amenazada por sequías, tsunamis, desastres, virus... ¡La existencia humana, cuajada de mil desafíos, riesgos y factores de disgusto!

- Todo es bueno y hasta maravilloso. Pero nada es perfecto; todo es deficiente, amenazado y hasta amenazante. Todo te ayuda a realizarte, pero nada te realiza plenamente. Da mucho de sí, pero no te da el todo: es insuficiente, ambiguo, decepcionante; lleva el sello de la caducidad. Todo es como una atrayente fruta que lleva dentro de sí un gusano.

- Este mundo me permite experimentar el gozo de vivir, sentirme bien, amar y ser amado, hallar sentido a mi vida. Pero a mi corazón se asoman inquietantes pensamientos y sentimientos: el temor y la inseguridad. ¿Merece la pena nacer, vivir, enamorarte, fundar una familia? ¿Por qué tantos absurdos? ¿Difícil abrigar esperanza!, ¿imposible evitar el cansancio de la vida, la pregunta sobre su bondad, las desgracias, la muerte!

- Dios «pasea conmigo por el jardín», me es familiar; me concede confiar en Él. Pero a menudo lo percibo lejano y hasta desconcertante; me esconde su rostro; me dificulta el pensar bien de Él, vivirle como «más íntimo a mí que yo mismo».

- Tras un crecimiento en mi ser y en mis responsabilidades, me toca afrontar el decrecimiento: una reducción creciente (biológica, laboral, relacional y afectiva), hasta acabar en «polvo de la tierra». ¡Qué lejos queda el mejor sueño del ser humano de llegar a «ser como Dios»! Ya que Eva y yo nos equivocamos de camino al querer ser como Él, ¿nos lo concedería el Dios creador por caminos suyos?

10. Todo es bueno, ¿pero conviene todo?

Dios pidió cuentas también a la mujer que me había dado: ella os lo contará cómo lo vivió... A mí me hizo caer en la cuenta de muchas cosas. Me dio sabiduría sobre este ser humano que soy, mejor dicho, sobre lo que sois cada uno de vosotros los humanos.

- Lo primero, descubrí mi condición humana: mi finitud radical. Soy un ser admirable, creado por Dios, responsable y cuidador de este mundo, me encuentro viviendo el amor de pareja, la confianza en Él (Gn 2). Pero experimenté también que no soy dios: soy contingente, caduco, incapaz de controlar la realidad, herido por la culpa. Y experimenté mi existencia: precaria, amenazada por la desgracia, el sufrimiento, la desarmonía, la muerte (Gn 3). Son las dos caras de mi realidad. Me seducen los espejismos de siempre: creer que la felicidad total y mi realización están «en el fruto de ese árbol», en esta persona, en esta profesión, en este éxito, por mis medios... O en la ilusión de esperar que, si me empeño, lograré una felicidad sin lágrimas. O de creer que puedo prescindir de Dios y de sus caminos, suplantándolo por dioses de barro y fachada. ¡Espejismos, atajos falsos, recetas en-

gañosas de felicidad inmediata y total! Me costó descubrir que Dios nos llama a «ser como Él» por caminos suyos.

- Todo es bueno en mí: libertad e inteligencia, afectividad y sexualidad, el anhelo de realización, ciencias y tecnologías... Pero es sabio no caer en la tentación de «jugar a Dios» con nada de ello. Su uso abusivo y torcido dañan el corazón y el mundo; causan machismo y explotación sexual, abusos de poder, corrupción social, agotamiento de los recursos, amenaza nuclear, contaminación ambiental y cambio climático... ¡Hay que ver la capacidad de torcer y estropear lo bueno que tiene «todo adán», el ser humano!

- Hay algo admirable en mí: me atrae lo bello y lo bueno, lo gratificante y lo seguro, lo inmenso, lo poderoso y lo sublime. Pero soy esencialmente deficiente; mejor dicho, soy además deficitario: me falta algo para ser yo mismo. La cucaracha es deficiente, pero no es deficitaria: no aspira a ser más de lo que es. Pero yo sí, aspiro a más. Me sigue cautivando la voz de «la serpiente»: «si coméis de..., seréis como dioses». Conecta con algo que llevo muy dentro de mí. Además de «ser de necesidades e instintos», como los animales, soy «ser de deseos y anhelos». Pero hay caminos falaces de realizarlos: mis pretensiones acaban en un globo inflado que hace ¡paff! en el momento menos pensado.

- No me explico a mí mismo. Mi corazón, capaz de mirada compasiva, de amor, de libertad responsable, ¡qué fácilmente se torna pagado de sí, egocéntrico y posesivo, miedoso, cerrado, agresivo! ¡Y qué contradictorio!: soy soñador nato de paraísos, pero causante de infiernos, pequeños y grandes. ¡Como si llevara dentro de mí a una bestia! Lo mejor de mí (cuerpo y corazón, libertad, inteligencia, sexualidad y afectividad...) está herido. Necesito ser curado, recreado. Pero soy más que una máquina que funciona bien. Soy deficiente; mejor dicho, soy deficitario: me falta algo para ser yo mismo. Mi corazón me pide ser más de

lo que soy. Dentro de mi finitud radical, he ahí mi originalidad y grandeza de «ser humano». ¿No será que solo Aquel cuyas manos me moldearon del barro tiene la clave última de mi ser?, ¿que solo por caminos suyos llegaré a «ser como Dios»?

¡Cuánto supo del «ser humano» que soy el sabio que escribió estas este relato de Gn 2 y 3, hacia los años 500-400 a. C.! Primero describe el paraíso: lo positivo y gratificante del ser humano y de su vida. Y luego, como en un segundo momento, lo deficiente, ingrato y doloroso. Las dos caras de una moneda, las dos caras de mi ser y de mi existencia: el anverso y el reverso, inseparables. En ellas, más que «Adán», soy «el adán»: «el ser humano». Más que vuestro «primer padre» o antepasado, soy vuestra foto, vuestro espejo: en mí os miráis y descubris «el ser humano» que sois cada uno. Páginas míticas, inventadas, pero ¡qué reales y realistas! ¡Cuánta verdad sobre este «ser humano» que sois cada uno! El mito es un modo de pensar y de hacer filosofía. ¿Me habéis entendido?

11. Y con todo, ¡esperanza!

Gn 3,20-24; y 2 Pe 3,13-15; Ap 21-22

La mujer y yo acabamos expulsados por Dios del huerto del Edén. Una imagen simbólica recia: nuestra existencia en el mundo sería ardua, trabajosa, ingrata; y por nuestras propias fuerzas y medios, nunca podríamos volver al paraíso, acceder a la condición de Dios, ni ganarla ni merecerla.

Con todo, no era esa toda la verdad. El Dios creador había tenido un precioso detalle con Eva y conmigo: «Hizo para los dos unas túnicas de piel y nos vistió». Cubría nuestra desnudez y desamparo. Nos dio consuelo y esperanza: seguía velando por nosotros. Nuestra existencia no sería en un lugar idílico y sin problemas; pero no nos abandonaba, seguíamos siendo criaturas suyas y cuidaba de nosotros. Seguía siendo Dios de vida y pro-

tección con nosotros. Hasta cuando «nos arroja del paraíso de Edén» a este mundo real, Dios sigue siendo digno de confianza.

Y a mí me sugirió poner a la mujer el nombre de EVA. Un nombre esperanzador: siendo «mujer» (*ischa*), vendría a ser también «Hava», la viviente: la engendradora de vida, la madre de nuevos seres. Junto a su «feminidad», su «maternidad». Dos dimensiones en ella que conllevarían su riesgo y su precio, pero también su cara gozosa: ambas nos satisfacerían enormemente, tanto a ella como a mí. Aunque con sangre y fatigas, ella viviría el milagro de la maternidad. En medio de todos los dramas y heridas, la vida continúa. Bien pronto, Dios nos concedió ir teniendo hijos: Caín, Abel, Set: en medio de la dureza de la vida, fueron nuestra alegría y gozo. Habíamos dejado a Dios al margen; pero Él continuaba su historia con nosotros. Apostaba por «el ser humano», por nosotros: varón y mujer. Seguíamos siendo su esperanza, y Él, la nuestra.

Más aún, Dios dijo a Eva unas palabras esperanzadoras. A su tiempo, alguien «aplastaría la cabeza de la serpiente» que la había engañado, vencería todo poder de engaño, de mal y de muerte en nosotros, y cambiaría nuestra situación. Dios haría que de la historia misma surja alguien capaz de vencer las fuerzas del mal que hieren al ser humano. Mientras tanto, podíamos afrontar nuestra existencia agridulce. La última palabra no la tiene el mal, ni el ser humano con sus desmanes, sino Él, Dios de vida y de futuro.

Mi historia de «el adán», de la humanidad, comenzaba con este mensaje de «esperanza a pesar de todo». La historia sería drama, pero no tragedia. No está libre de mil azares y avatares, ni del uso disparatado del poder y de la libertad por el ser humano. Pero Dios la acompaña y la conduce hacia un final feliz. El ser humano puede mejorar la realidad herida de este mundo, poner muchos parches; pero no puede convertirla en paraíso. Dios sí, y lo haría a su tiempo. Y todo el resto de la larga Biblia muestra